



Dragones y princesas...



«Las chicas son tontas», me dije una mañana. La idea me vino así, ¡zas! Me acababa de despertar y eso fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Demasiados cuentos de hadas, ése es el problema. Esperan al Príncipe Azul pero el Príncipe no llega nunca.

No sé qué se imaginan. Que uno se enamorará, derribará a un dragón o luchará contra un ejército de canallas para defenderlas si se meten en líos.

Yo nunca había salido con una chica, pero me interesaban mucho. Desde el punto de vista filosófico, quiero decir. Me parecía necesario desvelar su secreto antes de lanzarme a la piscina.

A veces, la adolescencia provoca acné y erupciones; en mi caso se trataba más bien de una ebullición cerebral. Por ejemplo, me preguntaba «por qué» cada cinco minutos.

¿Por qué todo? Porque sí. ¿Por qué hay semáforos en la tierra y estrellas en el cielo? ¿Acaso hay alguna relación? ¿Por qué hay mermelada de fresas y por qué los calcetines sucios huelen mal? En esa onda.

Teniendo en cuenta mi edad, supongo que era normal e inevitable que la carpeta «Chicas» apareciese en el escritorio de mi ordenador.

Pero bueno, ¿por qué los chicos se sienten atraídos por las chicas si las chicas son tontas y los dragones ya no existen? Esa cuestión me intrigaba muchísimo.

Resolvamos este misterio, queridos amigos, saquemos las lupas y microscopios y volquémonos en el asunto. Porque es evidente que esto encierra un misterio.

Mucha gente piensa que el hecho de tener doce o trece años impide cualquier tipo de reflexión personal. Os puedo asegurar que es absolutamente falso. Al contrario. La nuestra es una edad en la que se reflexiona mucho. Está claro que la mayoría de adolescentes no se pasa el día cavilando, pero yo sí. Y por una sencilla razón: es que no me convence en

absoluto que me marquen lo que tengo que hacer.

Y no es que piense que el mundo es una caca. O que todo me parezca absurdo. O que me repugne el hecho de pegar en la mochila del cole la marca de unas zapatillas deportivas y un eslogan de hamburguesas. No es eso, pero quiero estar seguro de que es lo que me gusta. O por lo menos quiero saber por qué me lo proponen. No entiendo por qué tenemos que sentirnos obligados a comulgar con las cosas porque todo el mundo lo hace.

Pero tampoco penséis que soy un rebelde. No exactamente. Sólo intento formarme una opinión por mí mismo. Es una postura que tuve que adoptar desde muy pequeño. Incluso antes de saber hablar. Sí, sí, os lo juro, es verdad. La canguro que me cuidaba cuando era pequeño siempre me daba los potitos muy calientes, convencida de que estaban a la temperatura perfecta. Es una experiencia que me forjó el carácter. En aquel momento me dije: «Fórmate primero tu opinión y no dejes que nadie decida por ti si la temperatura de la papilla es la adecuada».

Y, creedme, jamás he transgredido esa regla.

El caso es que al despertarme aquella mañana pensé que las chicas eran tontas. Pero no fue con maldad ni desprecio, ¡qué va! Lo que pasa es que las chicas son tontas porque tienen tendencia a engañarse con respecto a la realidad. Eso del cuento de hadas, por ejemplo, en seguida me llamó la atención. Y no es que yo sea de los que lo analizan todo y siempre le buscan los tres pies al gato, pero el hecho de haber visto a menudo durante tres años a un novio de mi madre que es psicoanalista me ha provocado una ligera deformación en ese sentido.

Es evidente que analizarlo todo no es cosa fácil y da lugar a bastantes tonterías pero... aun así, no es tan descabellado.

«Quien no conoce su pasado está condenado a repetirlo.» Es completamente cierto.

Si no hubiera conseguido entender lo importante que era la temperatura de mis potitos (por mucho que mi niñera estuviera segura de que era correcta a pesar de mis retortijones de recién nacido), estoy seguro de que en lugar de ser una ventaja ese cruel episodio de mis primeros años de vida sería ahora un trauma, y

quien dice trauma dice sin duda un bloqueo monumental.

Y yo no tenía ningunas ganas de bloquearme delante de mi carpeta «Chicas».

Así que antes de lanzarme al ataque —porque, admitámoslo, sentía curiosidad por ver qué pasaba si metía la lengua en una boca ajena y le daba vueltas, o si me apretujaba contra unos pechos y todo eso—, quería entender la psicología femenina.

Entonces decidí emprender una amplia investigación —antes de la práctica, un poco de teoría— para no quedarme desconcertado, y sin saber qué hacer en el momento crucial. Para hacerlo, me volqué de lleno en la colección de *Cosmopolitan* y *Marie Claire* de mi madre. Puestos a investigar, mejor hacerlo con elementos tangibles. Y tengo que reconocer que lo que encontré allí me sumió en un ligero desconcierto.

Que las chicas esperaban al Príncipe Azul era evidente. Se hablaba del tema en todos los números. Pero —y ahí es donde empezaban las sorpresas— había... ejem, otra cosa.

«Otra cosa —me diréis—. De acuerdo, pero ¿qué?»

Pues bien, para ser sinceros, las revistas femeninas eran... revistas porno camufladas. Por muy increíble que parezca.

Sí, amigos míos. Bastaba con leer dos o tres para darse cuenta. Está claro que no es posible hacer una revista porno «de verdad», así que mantienen la discreción. Camuflan la cuestión.

—Hola, deme una *Cosmopolitan* por favor.

—No diga más, señora, serán dos euros.

Sí, amigos, ésa es la realidad que descubrí. Yo, que jamás había besado a una chica, aun teniendo doce años. Todo era del estilo: «Cómo engañé a mi novio con su mejor amigo», «¿Te has acostado ya con tu jefe?», «Vuestras fantasías más inconfesables». No sigo, pero había algunas más picantes. El «sexo» era el centro de sus preocupaciones.

Pero si se analizaba con más detenimiento (cosa que yo hacía a diario mientras mojaba las galletas en el chocolate caliente del desayuno, por lo que mi madre rabiaba diciendo que le ensuciaba la revista de cacao), el tema era todavía más... complejo.

Porque, evidentemente, «sexo» y «amor» estaban asociados. No era todo blanco o todo negro, no. Había muchísimos matices. Artículos parecidos a «Cómo encontrar al hombre de tu vida» y «Quiero tener un montón de hijos y que me regalen flores» lindaban con «Club de intercambio: la última tendencia». Por eso, llegué a la conclusión de que las chicas eran del tipo «sentimental-porno». Un concepto de lo más extraño, porque si hago una analogía entre lo de «sentimental-porno» y los cuentos de hadas daría algo así como: «Ven a protegerme, ¡oh, tú, que galopas en el corcel blanco! Me encanta que el Ogro me devore».

Sin embargo, estaréis de acuerdo conmigo en que las dos proposiciones son antagónicas. Quiero decir que son contradictorias. No se puede tener ganas de que el Caballero llegue a toda prisa a rescatarnos y *al mismo tiempo* disfrutar en el plato de la Bestia.

Y eso sin contar que en la vida real el Príncipe Azul nunca está. Y no creáis que lo pienso porque vivo solo con mi madre. En absoluto, no tiene nada que ver. Mirad a vuestro alrededor. Por lo general suele ser edificante.

La segunda parte de mi investigación había empezado adornada con una buena dosis de perplejidad. Sólo una cosa estaba clara. Las chicas eran todavía más complicadas de lo que parecían.